

### CAPÍTULO III

**E**l oficial de guardia era el capitán Fortuny, que estaba en la plataforma del puente sentado en su butaca giratoria. La comandante Balmer y el Almirante Aznar se encontraban junto al operador de radar. El Almirante se volvió con rapidez y echó un vistazo a la pantalla.

— Dos aeronaves en el rumbo Cero Uno Cinco — dijo el operador confirmando la información del serviola automático.

Miguel Ángel Aznar vio los dos puntos de luz cerca del centro de la pantalla. Las aeronaves volaban una junto a otra.

— ¿Estamos emitiendo nuestra señal de identificación electrónica? — preguntó el Almirante poniendo su mano sobre el hombro cubierto de diamantina del radarista.

— Sí, señor.

El serviola robot repitió su información y a renglón seguido fue el operador de radio quien informó:

— ¡Señales de radio!

El Almirante y la comandante Balmer se acercaron al operador de radio. Éste miraba las curvas de frecuencia en una pequeña pantalla negra. Hizo un ajuste en los botones de control.

— ¿Puede sintonizar esa frecuencia, sargento? — interrogó el Almirante.

— No modulan, señor. Emiten impulsos como los utilizados para accionar elementos mecánicos, posiblemente un teleprint.

El Almirante se volvió hacia Berta Balmer.

— Comandante, toque a zafarrancho de combate.

— ¿No deberíamos agotar todos los recursos para intentar comunicarnos con ellos? — insinuó la comandante.

— Mi querida señora. A mil kilómetros por segundo y a una distancia de trescientos mil kilómetros tardaremos sólo cinco minutos en estar sobre ellos, agotaremos esos recursos después.

La Srta. Balmer apretó los labios, se volvió hacia el puente y gritó:

— ¡Capitán, toque a zafarrancho de combate!

El capitán Fortuny pareció sorprendido. A continuación afirmó con la cabeza y oprimió resueltamente un botón rojo de la pequeña consola adosada al brazo de la butaca. De los altavoces de la cámara de derrota, y simultáneamente en todas las dependencias del buque, brotó el rugido estentóreo

de un claxon de alarma.

La formidable máquina de guerra se puso en acción.

En las bodegas, departamento de máquinas y de torpedos, pasillos y escaleras, se cerraron automáticamente las sólidas puertas de acero de los compartimientos estancos. Los tripulantes francos de servicio saltaron de sus camas, abandonaron libros y juegos, dejaron lo que tenían entre manos y corrieron a enfundarse en sus armaduras de diamantina.

En la cámara de derrota, la comandante ajustaba la escafandra al escote de su armadura y se dirigía rápidamente al puente de mando.

El Almirante, todavía con la cabeza descubierta, acercó un micrófono a sus labios y habló:

— Atención. Habla el Almirante Aznar de la Armada Sideral Valerana. A las dos naves que están frente a nosotros a trescientos mil kilómetros. Por favor, identifíquense. Este es el crucero *Pinto* en misión de descubierta. Procedemos del autoplaneta *Valera*, de regreso a Atolón. Repito, identifíquense. Sólo disponemos de tres minutos. ¡Identifíquense!

Esperó con el micrófono en la mano.

— No contestan, señor — dijo el operador de radio.

— Siga intentándolo. Si contestan, avíseme — dijo Miguel Ángel abandonando el micrófono sobre la consola del operador.

Varios tripulantes entraron en tropel, la mayoría vestidos a medias con sus armaduras de vacío. En medio del ruido que metían los controladores al dirigirse a sus puestos de combate, el Almirante tomó su escafandra y fue a sentarse junto al piloto, teniendo a sus espaldas la plataforma del puente. El piloto era el teniente Artigas, que estaba calándose la escafandra. Miguel Ángel se ajustó la suya al escote, sacó una clavija de la consola del piloto y la insertó en un enchufe de su propia armadura.

Casi inmediatamente oyó la voz de la comandante en los audífonos del interior de su escafandra.

— Buque en orden de combate. Almirante Aznar, ¿qué hacemos ahora?

— Ponga en el aire dos grupos Delta y despliéguelos a ambos lados. Esperaremos un poco por si ellos contesten. Tal vez nuestra actitud decidida les anime a contestar. Y tenga preparados también los torpedos.

El Almirante Aznar se mordió el labio en la breve pausa mientras salían los caza-interceptores Delta. Conocía la tremenda potencia ofensiva de su buque, ¿pero cuál sería la fuerza del potencial enemigo?

El crucero *Pinto*, como todos los de su clase, era portador de diez torpedos especiales. Cada uno de estos torpedos contenía un millar de caza-interceptores Delta miniaturizados. Las dimensiones del caza-interceptor Delta eran 10 metros de largo por 7 metros de envergadura. La máxima altura

era sólo un metro y medio y su largo y estilizado fuselaje no tenía en ningún punto más de un metro de grosor. Pero en su forma «reducida» no era mucho más grande que un lápiz.

El proceso de miniaturización se obtenía por medio de la compresión de los espacios vacíos existentes entre las partículas subatómicas. Las armas sometidas a este proceso se construían a escala normal y se «comprimían» después. En su nuevo estado se caracterizaban por su extrema inestabilidad. La estructura atómica, forzada a aproximar sus partículas, tenía la tendencia a recobrar el espacio que ocupaba antes.

La aplicación de este invento a la guerra había supuesto un aumento sustancial de la capacidad de transporte de las aeronaves. Los torpedos de combate de cabeza nuclear eran grandes, de diez metros de longitud, y ocupaban mucho espacio. Si una aeronave de guerra cargaba cien torpedos normales, a partir de la aplicación del invento el mismo buque podía llevar el mismo número de torpedos, pero cada uno de ellos llevaba diez mil torpedos miniaturizados, reducidos al tamaño de cigarrillos. Estos torpedos portadores de torpedos se conocían con el nombre de «paquetes».

Los caza-interceptores Delta se lanzaban al espacio en paquetes, de forma idéntica a los torpedos. Una vez fuera del buque lanzador, los paquetes se rompían desparramando cada uno un millar de Deltas miniatura, que inmediatamente se esponjaban recobrando su tamaño normalizado. Los cruceros de la clase Stelar solían lanzar dos mil Deltas en dos paquetes, conservando otros ocho mil en reserva para lanzarlos posteriormente, según lo requirieran las necesidades del momento y la estrategia del combate.

Una vez recobrado su tamaño normal, los Delta eran operativos. Desde el buque lanzador eran dirigidos por control remoto.

El caza-interceptor Delta era un arma ligera, de costo relativamente bajo, de tremenda eficacia y extraordinaria versatilidad. Impulsados por un haz de luz sólida se movían a enormes velocidades, siendo capaces de aceleraciones fulgurantes, desaceleraciones bruscas y rápidos cambios de dirección. Cada aparato montaba 500 proyectores de luz sólida que se apuntaban automáticamente haciendo 60 disparos por segundo. No eran aparatos para ser tripulados por el hombre. Sin embargo, se había previsto esta eventualidad disponiendo para ello una pequeña cabina y los mandos apropiados. El Ejército los utilizaba como aparatos de observación y dirección de tiro.

—Oficial de Control a puente. Dos grupos Delta en el espacio —anunció una voz a través del teléfono.

El Almirante Aznar levantó los ojos hasta la gran pantalla de televisión trapecial, viendo todo el espacio por delante del *Pinto* lleno del chisporro-

teo azulado de los Delta que se metamorfoseaban recobrando su tamaño normal.

– Operador de radio. ¿Contestan? – preguntó el Almirante.

– No, señor.

– ¡Atención, Serviola de proa al puente! Dos aeronaves sin identificar en la marcación Cero! ¡Distancia sesenta mil kilómetros!

– ¡Hagan callar a ese serviola! – gritó Miguel Ángel irritado – Conecten telémetro a pantalla de proa. Quiero ver a esos tipos silenciosos.

– Serviola desconectado.

– Contacto visual en pantalla de proa.

El Almirante levantó los ojos hacia la gran pantalla de forma trapecial. El equipo telemétrico, provisto de óptica de largo alcance, daba también imágenes en color y relieve. Miguel Ángel vio en la pantalla dos esferas grises del tamaño de balones de fútbol con unos extraños símbolos de gran tamaño pintados en su superficie. Los indescifrables símbolos sirvieron al menos para advertir algo que le sorprendió al principio.

Las esferas estaban girando lentamente sobre si mismas

Tenían un aspecto compacto, sólido, y parecían bastante grandes

– ¡Vaya cosa más rara! – murmuró para si. Y luego, levantando la voz, preguntó –: Oficial de observación. ¿Qué tamaño tienen esas esferas?

La respuesta tardó un poco en llegar.

– Aproximadamente mil metros, señor. Un poco menos quizás.

El *Pinto* sólo medía 40 metros de eslora. En proporción, las esferas (o los cilindros) eran veintidós o veintitrés veces mayores. El Almirante sintió que le faltaba el aliento.

Mientras Miguel Ángel miraba vio llenarse el espacio alrededor de las aeronaves de pequeños puntos de luz chisporroteante. ¡Las esferas estaban lanzando torpedos o cazas miniaturizados!

– ¡Oficial de observación a puente! ¡El enemigo está lanzando torpedos o cazas miniatura!

El Almirante sintió súbito frío. La confrontación no había podido evitarse después de todo. ¿Pudo haberse hecho algo más? ¿Huir tal vez? No había tiempo para hacerse preguntas. La vida propia del Almirante, la de la tripulación, la supervivencia del buque estaban comprometidos. Las aeronaves esféricas estaban lanzando al espacio sus armas miniaturizadas. Mientras tanto el primer grupo de Deltas se encontraba en el aire dispuesto para entrar en combate.

«¡El diablo les lleve!» – pensó Miguel Ángel Aznar. Luego ordenó en voz alta:

– ¡Ataquen con el primer grupo! Aprovechemos esta pequeña ventaja,

comandante Balmer... ¡Y lance los restantes grupos! Y los torpedos... ¡Eche fuera todo lo que tenga, los torpedos antimateria también!

Los torpedos antimateria eran la última arma incorporada a los medios de combate de la Armada Sideral Valerana. Pese a su enorme poder destructor y su bajo costo no era posible su utilización en masa. Adolecían del defecto de no poderse construir como los demás torpedos, ni reducirse de tamaño ni almacenarse como éstos.

El torpedo antimateria era antagónico del universo material, no podía coexistir con la materia. En contacto con ésta era aniquilado, el simple contacto con el aire lo hacía detonar. Un volumen de un metro cúbico de antimateria volatilizaba igual volumen de materia. Pero la energía liberada de los dos volúmenes tenía un poder destructor inmenso, mucho mayor que la energía liberada de un volumen igual de plutonio, porque materia y antimateria se aniquilaban totalmente, brutalmente, hasta la última e infinitesimal partícula.

Pero el torpedo antimateria no podía fabricarse con los medios convencionales, ni en contacto con el aire. Los científicos valeranos habían encontrado un medio ingenioso de construirlos utilizando un modelo de Karendón modificada, a la que llamaron Karendón Mutante. Esta máquina creaba antimateria en el interior de una cámara especial, donde el torpedo se mantenía alejado de las paredes por medio de campos magnéticos de fuerza. Materializado en el interior de una especie de túnel cilíndrico, el torpedo antimateria se propulsaba y dirigía por medio de ondas gravitacionales, siendo operativo en el mismo instante que era materializado.

La serie de cruceros siderales Stelar modificados montaban dos Mutantes a proa, con una cadencia de producción de cuatro torpedos por minuto y máquina. Y aunque era poco, la enorme efectividad de estas armas superaba la desventaja de su corto número. Un torpedo antimateria solía ser suficiente para partir un crucero sideral en dos. Pero las esferas eran mucho más grandes que un crucero sideral Stelar.

—Almirante a piloto —dijo Miguel Ángel—. Programe un salto hacia arriba seguido de una aceleración a toda máquina. Pasaremos por encima de esas esferas...

—Comandante a Almirante Aznar —intervino la voz de Berta Balmer—. Puesto que soy la comandante de este buque, ¿puedo saber qué se propone hacer?

—Sería absurdo pretender hacer frente a esas aeronaves. Son dos, una sola de ellas varias veces mayor que nuestro buque. No tenemos la menor probabilidad de vencerles, nuestra salvación está en la huida.

—Atención, torpedos —dijo una voz a través de la línea telefónica.

El Almirante levantó los ojos hacia la pantalla de proa.

Cada minuto que transcurría estaban más cerca unos de otros y los aumentos del telescopio aproximaban la imagen como si las esferas se encontraran solamente a pocos kilómetros de distancia. Las armas miniaturizadas lanzadas por las esferas no eran caza-interceptores sino torpedos. Miguel Ángel podía verlos perfectamente cuando acababan de metamorfosearse, en aquel breve instante en que, adquirido su tamaño natural, quedaban inmóviles en el espacio antes de poner en marcha sus motores cohete. ¿Por qué no lanzaban sus cazas miniaturizados?

—Vamos a salir como podamos de este atolladero, Balmer —dijo Miguel Ángel Aznar—. Lance los torpedos antimateria y forme el túnel con nuestros cazas para protegerlos. Mientras están entretenidos con nuestra jauría nos pondremos a salvo.

—Como usted ordene —contestó la comandante sin mucho entusiasmo.

Mientras la comandante dictaba las órdenes, Miguel Ángel seguía, a través de la gran pantalla de televisión, la carga de los Delta contra las esferas. Los dos mil caza-interceptores hicieron jugar sus proyectores de luz sólida.

Millares de torpedos, formando una compacta nube bajo la luz de los proyectores del *Pinto*, se pusieron en marcha saliendo al encuentro de los Delta. Los cazas valeranos esgrimieron rapidísimamente sus millares de proyectores, atravesando de parte a parte a los torpedos de vanguardia...

Mientras los torpedos explotaban en enormes globos de fuego, los Delta ejecutaron una maniobra largamente utilizada. Se elevaron bruscamente y pasaron por encima de la nube de torpedos disparando simultáneamente con los proyectores alojados bajo las alas y en la parte inferior del fuselaje. Otros millares más de torpedos fueron destruidos, pero los Delta no pudieron con todos. Ahora los torpedos supervivientes tenían expedito el camino hasta el *Pinto*...

Pero el *Pinto* ya había largado sus paquetes y todo el espacio alrededor del buque se encendía con el chisporroteo de doscientos mil torpedos y ocho mil cazas Delta que se metamorfoseaban recobrando su tamaño natural. Los torpedos del *Pinto* acabaron de metamorfosearse y encendieron sus motores saliendo como exhalaciones al encuentro de los torpedos antagonistas.

—¡Sigán lanzando... sigán lanzando! —apremió Miguel Ángel Aznar.

Veinte paquetes más fueron lanzados al espacio y se abrieron dejando escapar doscientos mil nuevos torpedos. Los cazas Delta estaban formando ante la proa del crucero. En la proa del *Pinto* las Karendón Mutantes restituyeron dos grandes cilindros de piedra de diez metros de diámetro y veinte metros de largo. En la parte posterior de cada cilindro iba acoplado un

reactor nuclear que generaba energía eléctrica para producir ondas gravitacionales.

Los dos macizos cilindros, de 30 metros de largo incluyendo el motor, salieron velozmente de las Mutantes y empezaron a acelerar. Cuatro mil interceptores Delta les siguieron para darles rápidamente alcance y situarse delante y alrededor en actitud protectora. En el argot de la Armada Valerana era la maniobra conocida por «el túnel».

Mientras los dos primeros torpedos antimateria se alejaban, los torpedos de la primera ola entraban en colisión con sus antagonistas. El choque fue brutal, de una ferocidad casi animal. Las máquinas no sólo no evitaban el encuentro, sino que lo buscaban. Unas y otras parecían sentir una fatal atracción que les llevaba a la destrucción propia junto con la del enemigo.

En una línea que se extendía irregularmente más de doscientos kilómetros, medio millón de torpedos atómicos ardieron en silencioso y espectacular chisporroteo. La luz de las explosiones nucleares era tan potente que llenaba por completo el espacio, provocando el deslumbramiento de las cámaras de televisión.

Dos nuevos torpedos antimateria salieron de las cámaras de restitución del *Pinto* y se alejaron arrojados por cuatro mil Deltas que volaban detrás de la segunda ola de torpedos.

El Almirante Aznar tocó, con su mano enguantada de vidrio, el antebrazo del oficial piloto.

— Ejecute la maniobra — ordenó.

El teniente Artigas pulsó la tecla «En maniobra».

El *Pinto* salió disparado hacia arriba en fantástico salto y a continuación aceleró.

Los torpedos enemigos supervivientes del primer choque avanzaban con ímpetu arrollador contra los Delta. Estos y los torpedos antimateria dieron un brusco salto, pasaron por encima y se dirigieron contra las esferas.

Las aeronaves esferoides tendieron una mortífera cortina de rayos sólidos. Los Delta de la primera oleada estallaban en pleno vuelo, dejaban tras sí pedazos de metal arrancados de su estructura, desaparecían en medio de un brutal relámpago atómico... Ninguno de los dos mil cazas sobrevivió al ataque. Si alguno pudo pasar la densa cortina de rayos sólidos, fue a estrellarse suicidamente contra las esferas.

La segunda oleada de Deltas, ésta más nutrida que la anterior, llegó a continuación escoltando los torpedos «A-M». Los cazas valeranos cruzaban sus dardos lumínicos con los del enemigo. Los ágiles y ligeros aparatos sucumbían a centenares en pleno vuelo, pero sus disparos también hacían daño a las esferas y abrían grandes cráteres en la superficie de éstas.

Aunque era difícil apreciarlo en mitad de aquella confusión, a la velocidad que se sucedían los acontecimientos y con el deslumbramiento de las continuas deflagraciones nucleares, Miguel Ángel Aznar tuvo la impresión de que la materia de las esferas era muy blanda. Esto parecía deducirse del gran tamaño y profundidad de los cráteres que los impactos de luz sólida estaban abriendo.

Pero mientras observaba a las esferas vio algo más. Las esferas estaban girando sobre si mismas. ¿Qué significaba esto? Sencillamente, ofreciendo alternativamente uno y otro hemisferio, los impactos que recibían se repartían por toda la superficie. Esto quería decir que la capacidad de aguante de las esferas era muy superior a la del *Pinto*. Harían falta muchos más disparos para apagar todos los proyectores en tan gran superficie.

La vanguardia de la segunda oleada de Deltas había sucumbido ante la terrible densidad de fuego en las esferas. Moviéndose con increíble rapidez, los cazas de escolta se adelantaban para ponerse delante del torpedo «A-M» y cubrir los huecos dejados por las bajas.

Los disparos de las esferas empezaron a alcanzar también al torpedo antimateria. Cada impacto era a modo de una dentellada en la masa de los cilindros. En pocos segundos estuvieron tan agujereados como quesos Gruyere. La luz sólida iba reduciéndolos de tamaño. Finalmente, los motores fueron alcanzados y los torpedos perdieron el control, pese a que sus restos seguían avanzando por el impulso que llevaban. Algunos restos golpearon a la esfera de la izquierda. La antimateria entró en contacto con la materia y detonó con violencia abriendo una docena de enormes cráteres en la masa de la esfera.

El *Pinto* estaba ahora encima de la tercera oleada de Deltas entre los que volaban los otros dos torpedos «A-M». La potencia de fuego de las esferas había quedado algo mermada como consecuencia del ataque de las primeras oleadas de cazas. La distancia se había acertado y la tercera oleada recorrió aquella distancia en menos tiempo que la anterior.

De nuevo se cruzaron los rayos de las esferas con los de los cazas. Los Delta eran atravesados, volteados y desbaratados en vuelo. Algunos estallaban como bombas y otros seguían adelante a merced del impulso que llevaban, recibiendo nuevos impactos hasta que acababan haciendo explosión. A veces un caza se rompía en diez pedazos, y entonces era casi tan útil como cuando estaba entero. Los cerebros electrónicos no distinguían entre lo que eran simples pedazos de metal y pequeñas bombas, y cada resto de Delta atraía sobre si la atención de uno o varios proyectores de luz sólida.

A tan corta distancia y a la tremenda velocidad que se desarrollaba el ataque, las baterías de las esferas no disponían de tiempo material para des-

truir a todos los cazas y sus restos. Además, el propio *Pinto* estaba ahora a tiro de los proyectores enemigos y atraía la atención de las baterías.

Al recibir los impactos de luz sólida, el *Pinto* empezó a vibrar y saltar como una vieja carreta rodando por un camino de guijarros. A su vez, el *Pinto* contestó con todas sus baterías inferiores desde cinco mil kilómetros de distancia.

La vanguardia del enjambre de Deltas fue aniquilada pero los dos torpedos antimateria llegaron casi intactos al objetivo. Este fue la misma esfera que anteriormente recibió el impacto de los restos de los primeros torpedos «A-M».

¡La explosión fue aterradora! La gran pantalla de televisión que cubría cuarenta y ocho metros cuadrados del plano del techo se tornó completamente blanca.

Al apagarse el resplandor poco después, el Almirante Aznar vio que había sido volatilizada la mitad de la esfera. La otra mitad parecía una cáscara de coco partida, vomitando llamas y restos. Lo que quedaba de la astronave saltó en pedazos y éstos se precipitaron a tierra echando humo.

La segunda esfera se alejaba rápidamente.

\* \* \*

La batalla había terminado casi con igual brusquedad que empezó, y su inesperado desenlace fue seguido de un silencio.

—Se aleja —dijo el oficial de información—. Marcha recto hacia el borde de la plataforma. Ojalá no se le ocurra volver.

El comentario final del observador expresaba perfectamente el pensamiento del Almirante Aznar. De pronto, la contenida tensión de la tripulación estalló en una explosión de júbilo. Era la norma, así solían celebrarse las victorias. Los controladores se felicitaban unos a otros promoviendo un ensordecedor barullo a través de las líneas de comunicación.

Solamente el Almirante Aznar parecía preocupado. Y en verdad lo estaba. ¿Habían destruido a un enemigo o a un amigo? No lo sabía.

La enérgica voz de la comandante Balmer se hizo oír a través del teléfono:

—¡Silencio! ¡Guarden silencio!

Las voces bajaron de tono, se convirtieron en murmullo y finalmente, cesaron.

—Almirante Aznar. ¿Cuáles son sus órdenes? —preguntó la comandante. Miguel Ángel Aznar reflexionó en silencio. Berta Balmer insistió:

—Almirante Aznar...

—La he oído —contestó el Almirante—. Inviertan las pantallas, quiero ver lo que hay debajo de nosotros.

Una simple pulsación en un botón de la consola adosada a la butaca del puente hizo la inversión. La gran pantalla rectangular del techo pasó a ofrecer una vista de lo que estaba debajo del buque, mientras los planos inclinados hacían lo propio de mitad del casco para abajo.

El *Pinto* sobrevolaba en este momento una gran nube negra que se desarrollaba verticalmente formando bullones hasta más de seis mil metros de altura. Era una gigantesca seta radioactiva, el producto de una deflagración nuclear.

—¿Ve lo mismo que yo, comandante? —dijo Miguel Ángel mirando al techo— Aquí fue donde se produjo la explosión nuclear que vimos al asomar por el borde de la plataforma. Reduzca la velocidad. Vamos a volar alrededor de esa nube. ¿Qué cree usted que hay debajo?

—No lo sé. ¿Una ciudad tal vez?

—Oficial de observación, eche una ojeada alrededor y vea si puede situar geográficamente el lugar donde estamos —dijo el Almirante.

—Trataré de hacerlo, señor. Estoy tomando fotografías.

La cumbre de la seta radiactiva quedó rápidamente atrás. En la pantalla de proa, apareció, todavía a distancia, la inmensidad oceánica. El *Pinto* volaba a doscientos kilómetros de altura. Por efectos de la concavidad del suelo podía abarcarse una panorámica que teóricamente debía alcanzar todo el circumplaneta. Sin embargo, éste era inmenso y, en la práctica, la visibilidad quedaba limitada por el poder de penetración del propio ojo a través del espesor de la atmósfera y la distancia.

El *Pinto* estaba reduciendo la velocidad y virando a babor en un amplio círculo que tenía por centro y eje la seta radiactiva.

—Almirante —se escuchó la voz de la comandante—. Es mi deber recordarle que hemos perdido todos nuestros cazas y sólo nos quedan unos cuantos torpedos para defendernos si de nuevo nos atacan las esferas.

—Lo sé, comandante —respondió Miguel Ángel—. Pero es un riesgo que debemos correr. Hemos venido en misión de descubierta para reconocer el terreno, y eso es lo que estamos haciendo.

—Una sonda-observatorio haría el mismo trabajo y nos evitaría exponernos a un riesgo que considero inútil. Estamos en buena posición para lanzar la sonda y correr a ocultarnos en el fondo del océano.

Miguel Ángel consideró la sugerencia de la comandante y vio sus posibilidades. Lógicamente, las naves esferoidales no tardarían en presentarse. Si volvieran les obligarían a huir y perderían todas las ventajas conseguidas hasta aquí.

—Es una buena idea —admitió—. Prepárense para soltar la sonda. Yo les indicaré el momento de hacerlo.

Dió con el codo al teniente Artigas. El piloto le miró.

—Cierre más ese viraje y diríjase al mar. Baje a cien kilómetros de altura.

—Sí, señor.

Poco después, el *Pinto* completaba el círculo y volvía a pasar cerca de la seta atómica. La nave enderezó el rumbo poniendo proa a la inmensidad marina y el Almirante ordenó soltar la sonda. En este momento, de un agujero del costado del buque, salió proyectada una pequeña esfera. La sonda, reducida de tamaño por el mismo proceso que los caza-interceptores Delta y los torpedos autómatas, empezó a chisporrotear y a crecer apenas abandonó el tubo de lanzamiento. Siguió hinchándose mientras caía hacia tierra y en pocos segundos se transformó en una esfera hueca de «dedona» de tres metros de diámetro. Entonces dejó de crecer y de chisporrotear. La pila atómica en el interior de la esfera empezó a funcionar y la sonda frenó su movimiento de descenso y quedó inmóvil en el aire.

—Sonda situada y funcionando —informó el sargento controlador que verificaba el funcionamiento de la sonda a través de sus instrumentos.

El Almirante Aznar pensó que ya era hora de comunicar su reciente experiencia a *Valera* y a la División de cruceros en ruta hacia Atolón.

—Almirante a radiotelegrafista. Prepárese a despachar un radio.

—Estoy recibiendo, señor —contestó el radiotelegrafista a través de la línea telefónica—. ¡Las esferonaves están atacando a la Veintidós División!

Miguel Ángel Aznar abandonó su asiento y se dirigió a la consola del operador de radio. Vio al sargento que escribía rápidamente sobre una hoja de block. Se inclinó y leyó sobre el hombro enfundado en diamantina del operador.

«Almirante Mayor a *Valera*. Estamos siendo atacados por flota sideral cuatro veces superior en número. No fue posible establecer contacto previo por radio. Ellos se niegan a contestar. He ordenado apercebimiento para el combate. Calculamos su fuerza en veinte mil».

«Nuevo radio. Almirante Mayor a *Valera*. Fuerza sideral no identificada de veinte mil esferonaves nos ataca. Estamos sufriendo muchas bajas. Intentamos romper el cerco huyendo en dirección al circunplaneta».

El último radio era el que escribía el sargento en este momento. Miguel Ángel leyó rápidamente entre dientes.

«Nuevo radio. Almirante Corrochano a *Valera*. Buque insignia destruido. Tememos por la suerte del Almirante Mayor y esposa. He ordenado romper la formación para que cada comandante trate de escapar por sus

propios medios. Gran catástrofes. Hemos sido aniquilados. Supervivientes huimos perseguidos por el enemigo».

Una sensación de asfixia ahogaba a Miguel Ángel Aznar como si de pronto se hubiese obstruido la válvula que suministraba oxígeno a su equipo. Se quitó la escafandra.

La comandante Balmer había abandonado el puente y vino a reunirse con el Almirante.

— La Veintidós División ha sido barrida — dijo Miguel Ángel contestando a la muda pregunta de la comandante—. También fueron atacados por esferonaves.

La radio estaba emitiendo una serie de pitidos cortos y largos. Mientras el sargento se ponía a escribir, Miguel Ángel y Berta Balmer iban deletreando para sí el contenido del radio:

«Almirante Corrochano a *Valera*. Las voces de nuestros comandantes se han ido apagando. Alcanzados por torpedos nos disponemos a abandonar el buque a través de la KT. Intenten recuperarnos. Este es mi último informe. Cierro».

— ¡Destruídos! — exclamó Berta Balmer — Casi no lo puedo creer ¿Es que no pudieron hacer nada?

— Los dos mejores almirantes de la Flota estaban en esa batalla, mi padre y Corrochano. Si ellos no pudieron hacer nada, nadie habría hecho más en su lugar — contestó Miguel Ángel con acento sombrío.

La comandante Balmer guardó silencio.

Minutos después, reducida la velocidad a cero, el crucero sideral *Pinto* se dejaba caer en el agua y ascendía hasta el fondo del océano. Mientras se hundía iba desarrollando un largo cable, al final del cual, meciéndose sobre las olas, flotaba una boya de diamantina que había desplegado una antena en forma del varillaje de un paraguas.